



Domingo Faustino Sarmiento

Las obras de Larra

La revolución que a nuestra vista se efectúa en la península española, dormida por tantos siglos bajo la influencia letárgica del despotismo que vijilaba su sueño, ha despertado la actividad del pensamiento de sus moradores e improvisado jenios que, a la par de sus guerreros, lidiando por destruir las fuerzas materiales que se alzaban en apoyo del oscurantismo, han trabado descomunal batalla contra las costumbres indolentes, las añejas preocupaciones i los arraigados abusos que, más que las mismas leyes e instituciones bárbaras i arbitrarias, prestan poderoso i permanente auxilio a los déspotas, haciendo ilusorias todas las tentativas de mejora que los pueblos o sus representantes intentan para cambiar la condición de una nación. Sin la mejora de las costumbres, las constituciones democráticas son una burla; sin amor por la libertad, las garantías son un nombre vano; sin interés por la cosa pública, la prensa se convierte en instrumento de opresión i el voto universal en sanción del despotismo. De aquí es que en los países que acaban de conquistar su libertad, es necesario, segun madama Staël, que la sátira, ridiculizando errores envejecidos, retraiga de ellos a los jóvenes, i que el desengaño producido por la convicción, rectifique las ideas de la edad madura. Los pueblos que entran de improviso en los caminos que conducen a la libertad, más apego tienen a sus preocupaciones i a sus antiguos hábitos, que amor verdadero i entrañable a la libertad misma; semejantes en esto al entusiasta que envidia las ilusiones i los encantos de la pintura, pero que deja caer el lápiz de la mano cuando se le quiere enseñar el medio de ejecutarlo. Más actos de tiranía i de vijilancia costó a Pedro el Grande hacer cortar a sus rusos sus largas barbas, que los que fueron necesarios para establecer la inquisición en España; i más fatigas i contrariedades indirectas costará entre nosotros establecer un vasto plan de educación primaria, que lo que se habría requerido en otro tiempo para anular la representación nacional.

Quijotes, pues, se necesitan, que buscando aventuras i trabando por do quier caballerescas pependencias, estingan estos últimos restos de una época decrépita, aunque los nuevos paladines hayan de salir molidos i asaz mal parados de la contienda; i la España ha producido ya algunos que han desempeñado con harta gloria la gran misión de su época. El jóven don Mariano J. de Larra, de tan cara memoria, es uno de estos espadachines de tinta i papel que acometiendo de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino i mal alimentado, contra hábitos de pereza i de abandono, supo abrirse paso por entre la enemistad i el odio de sus contemporáneos a quienes hirió de muerte en sus preocupaciones, labrándose una reputación que le sobrevivirá largo tiempo, i que es hoi uno de los raros i gloriosos timbres de la corona literaria de la España moderna.

El justamente llorado Larra no ha escrito un libro, como Cervantes; atento a las necesidades de su época, ha escrito artículos en los periódicos. Sabía mui bien que el diario es la voz que resuena siempre, la palabra viva i mordaz, el pregón alto i sonoro con que el escritor denuncia lo malo i resuelve incontinenti sobre cada problema, con facilidad i acierto convenientes. Sabio sin ostentación, profundo sin pedantismo i elocuente sin énfasis, Larra, arrojando diariamente sobre la sociedad los dardos de su sátira punzante, enérgica i correccional, irritado de corazón contra los males de la sociedad, riéndose de rabia i de vergüenza al contemplar a su país aherrojado por las preocupaciones, cuyo peso no acierta a sacudir, aunque haya tenido valor suficiente para arrostrar en los campos de batalla, en las breñas de los cerros i en las emboscadas de los caminos, la rabiosa sed de sangre de los partidarios del despotismo; Larra, en fin, realizando el tipo de Fígaro, a quien hace decir Beaumarchais, «fastidiado de mí mismo, disgustado de los otros, superior a los sucesos, elojiado por los unos, vituperado por los otros, aprovechando el buen tiempo, soportando el malo, burlándome de los tontos, desafiando a los malvados... Usted me ve en fin...» Larra, por último, presente en todas partes, vituperándolo todo, combatiendo a los ministerios que se suceden, más por hacer que nazca la oposición i oponer trabas a los prestijios del poder en un pueblo acostumbrado al despotismo, que por verdadera malevolencia; arrojando su nombre a los enemigos como un guante de reto, cuando más irritado se muestran con su Fígaro; Larra, decimos, ha introducido en su país i creado a un tiempo un jénero de literatura que, por todas partes se esfuerzan a imitar, i que hace de sus escritos un legado i un patrimonio para los pueblos que hablan la lengua castellana, a cuyas costumbres i necesidades se adaptan maravillosamente. Las sales con que sazona su crítica no son el mayor mérito de estos escritos de circunstancias; hai además una tendencia en ellos tan pronunciada, tan sostenida, de referirlo todo a la política, al descrédito de las ideas viejas, a la difusión i valimiento de las liberales, que puede decirse de aquella, que es la crítica aplicada a los intereses sociales; i donde quiera que haya gobierno por establecerse, costumbres añejas que combatir, quisquillas de nacionalidad que moderar, e ideas nuevas que introducir, Larra será el libro ameno, útil e instructivo.

Nosotros somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España; no a la manera de los libros que corrijen i aumentan en las reimpressiones, sino

como los malos grabados, cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta i apenas inteligibles. Sus vicios son los mismos de que adolecemos nosotros, hijos de tal madre, i nuestras costumbres no le van en zaga; así es que lo que allá se ha escrito nos vendrá siempre de perlas.

No es menos importante por lo que respecta al teatro i a la literatura moderna. Poeta dramático a la par de juicioso crítico, ha analizado muchísimas de las piezas orijinales españolas que se representan en nuestros teatros, i no pocas de las traducciones francesas con que nos favorecen a menudo buenos traductores o detestables copistas; de manera que sus críticas del teatro son tan prácticas o tan convenientes aquí como allá, dándonos reglas de buen gusto, sin pretensiones clásicas, sin desenfreno romántico, no siendo menos importante la pureza, gala i armonía del idioma, del que sus escritos pueden ser reputados como un modelo digno de imitación, en países como los nuestros en que la lengua necesita purificarse de los vicios que a cada paso encontramos en las asalariadas traducciones francesas. Inútil es decir que los otros jéneros de poesía que en su tiempo han visto la luz, no han escapado al examen severo de este implacable e imparcial aristarco.

La colección de los artículos de Larra que bajo el seudónimo de Fígaro, aparecieron en el Pobrecito Hablador, la Revista Española, el Observador, la Revista, el Mensajero i el Español, forma hoi día el libro más popular que pueda ofrecerse a los lectores que hablan la lengua castellana, i aun para los extranjeros no carece de interés, si no como un modelo de idioma, como la critica más picante i más característica de la época i de las costumbres españolas.

(Mercurio de 31 de agosto de 1841)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo